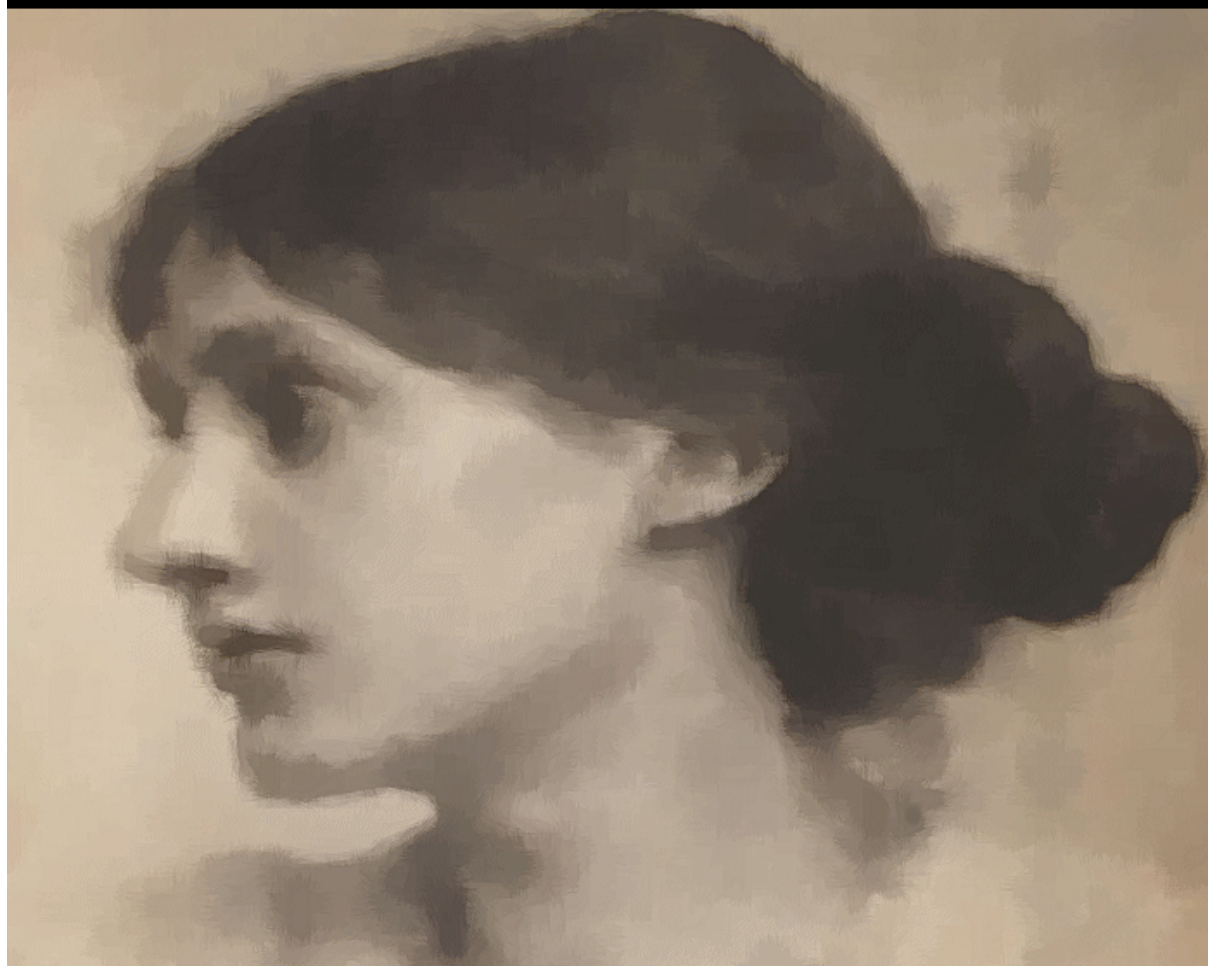


FIN DE VIAJE
VIRGINIA WOOLF

FIN DE VIAJE

VIRGINIA WOOLF



Digitalizado por **LIBROdot.com**
<http://www.librodot.com>



I

Son tan estrechas las calles que van del Strand al Embankment que no es conveniente que las parejas paseen por ellas cogidas del brazo. Haciéndolo, exponen a los empleadillos de tres al cuarto a meterse en los charcos, en su afán por adelantarles, o a recibir ellos un empujón u oír alguna frase, no siempre muy gramatical, de boca de las oficinistas en su apresurado camino.

En las calles de Londres, la belleza pasa desapercibida, pero la excentricidad paga un elevado tributo. Es preferible que la estatura, porte y físico sean normales, con tendencia a lo vulgar; y en cuanto a la indumentaria, conviene que no llame la atención bajo ningún concepto.

Una tarde otoñal, a la hora en que el tráfico empezaba a intensificarse, un hombre, que llamaba la atención por su elevada estatura, paseaba con una mujer prendida a su brazo. A su alrededor, y asaltándoles con airadas miradas, rebullían, como hormigas en su marcha incesante, una multitud de seres que parecían diminutos en comparación con la esbelta pareja.

Esos seres insignificantes, cargados con papeles, carpetas de documentos y preocupaciones, correteaban pendientes de la obsesión de que su salario semanal dependía única y exclusivamente de su eficacia. Eso explica que miraran con poca benevolencia la excepcional estatura del señor Ambrose y la capa de su esposa, que se interponían en su febril actividad.

La pareja, en su abstracción, no reparaba en la poca simpatía que despertaba a su paso.

Un movimiento casi imperceptible en los labios de él, dejaba entender profundos y abstraídos pensamientos. La mujer, con la vista fija inconscientemente ante sí, parecía contemplar solamente su honda pena. Sólo un gran esfuerzo de voluntad conseguía mantener en él la impasibilidad y evitar en ella el llanto. Hasta el roce de la gente les resultaba doloroso.

Cruzaron la calle sorteando el peligroso tráfico de la calzada. Al llegar a la otra acera, la mujer abandonó suavemente el brazo en que se apoyaba y acercándose a la baranda del puente ocultó con sus manos a toda mirada indiscreta el rostro, por el que empezaban a correr las lágrimas. El señor Ambrose intentó consolarla con afectuosas palmaditas en la espalda, de las que ella pareció no apercebirse. Ante un dolor mayor que el suyo, el hombre cruzó los brazos a la espalda y dio varios paseos a lo largo del puente.

El Embankment tiene varias prominencias semejantes a otros tantos púlpitos. Pero en lugar de predicadores, estos salientes están a todas horas llenos de chiquillos ocupados en tirar piedras al río, o hacer navegar sus barquillos de papel. Siempre alerta por lo que pudiera ser motivo de distracción, la chiquillería vio en el hombre un ser terrible, y el más atrevido gritó: «¡Barba-Azul!». Temiendo que la burla se extendiese a su mujer, el señor Ambrose les amenazó con su bastón, lo que dio como resultado inmediato que varios rapaces unieran sus fuerzas vocales para repetir a coro el grito de «Barba-Azul».

La inmovilidad de la mujer no llamó la atención de los muchachos. Son muchas las personas que pasan largos ratos apoyadas en el puente de Waterloo contemplando el río. A veces parejas de enamorados, a quienes el paso de la corriente sugiere mil símiles de amor, que a ellos se les antojan nuevos y son eternos. Otras veces, son solitarios paseantes que durante unos momentos recuerdan instantes de su vida que pasaron como el agua indiferente transita bajo el puente. Algunos atardeceres la niebla difumina las siluetas de los edificios de Westminster y les da una extraña semejanza a una Constantinopla entrevista en sueños. Siempre es curioso mirar el río. Unas veces es de un color morado plomizo, otras de barro ceniciento y algunas, pocas, de un color azul intenso que recuerda un mar meridional.

Pero la señora Ambrose no veía nada de aquello, el río se había alejado de su vista hasta

convertirse en un punto circular, iridiscente, del que no podía apartar la mirada. Su llanto manaba copioso uniéndose a la corriente.

Una voz misteriosa pareció murmurar a sus oídos: «Loor, Forsena de Closium; juro por los nueve dioses que la gran casa de Targuin no sufrirá más daño...» Estas palabras pasaron por sus oídos deslizándose como un susurro. Sentía que debía, que tenía que volver a todo aquello, pero por el momento necesitaba llorar y se sabía incapaz de ejecutar ninguna otra cosa. Escondió su rostro aún más y dio amplio curso a su pena. Así la vio su compañero al llegar junto a la pulimentada Esfinge y volverse después de comprar algo a un vendedor de postales. Retornó sobre sus pasos y apoyó suavemente una mano sobre su hombro diciendo: «¡Querida!». Su voz era suplicante, pero ella le rehuyó como significándole que poco podía entender de una pena cual la suya. Como él no cejara, hubo de secarse los ojos y levantarlos hasta el nivel de las chimeneas que se alzaban sobre la otra orilla. Miró los arcos del puente de Waterloo y el incesante paso de vehículos, semejante a una hilera de animales en una galería de descarga. Pero no veía nada. Sólo llamaron su atención los gestos que su esposo hacía a un coche de alquiler que no iba ocupado. No, prefería andar, el ejercicio parecía borrar algo la fijeza de sus ideas. El ruido de los enormes camiones, semejantes a monstruos fantasmales, los coches de alquiler, los carros y la gente, la volvieron lentamente a la realidad. Pero con esta vuelta al mundo en que vivía, comprendió también claramente cuán tierno era el afecto que sentía por Londres. Su pensamiento voló lejos, hacia una columna de humo que se elevaba entre los montes. Allí estarían llamándola sus hijos, consolados por gentes extrañas. Un laberinto de plazas, calles y edificios los separaba. Pensó que de los cuarenta años de su vida, treinta los había pasado en Londres. ¡Y qué poco afecto había sabido despertar en ella la ciudad!

Era extremadamente observadora y gustaba de penetrar, con una sola mirada, en el interior de las personas que cruzaban junto a ella. Había gente rica que se dirigía a reunirse con sus amistades, empleados que calculaban mentalmente el tiempo que faltaba para librarse del odiado y necesario trabajo cotidiano, pobres a quienes el descontento que producía la riqueza ajena hacía más desgraciados. Algunos viejos y mujeres se disponían a ocupar los bancos en los que pasarían la noche. El esqueleto de la sociedad se mostraba, impudicamente, envuelto en una lluvia menuda, incesante y deprimente. Los vehículos, con su marcha rápida y aparentemente inútil, no le interesaban; las parejas de enamorados que buscaban las sombras, la asqueaban; las vendedoras de flores y baratijas, gente alegre que tantas otras veces la divirtieron, se le antojaban ahora seres degradados y degradantes, hasta las flores con sus vivos colores le parecían falsas e insípidas. El paso firme y gallardo de su esposo, su gesto al saludar a un conocido, le parecían cosas irreales.

Detuvo un coche de alquiler y tuvo que alzar la voz para advertir a su esposo que se alejaba distraído. El trote cansino y regular les alejó pronto de West-End en dirección a los muelles. Parecían dirigirse al corazón de la gran fábrica. Los brillantes focos, los luminosos escaparates, las lujosas casas, los pequeños seres vivientes que se trasladaban hacinados en insuficientes autobuses o individualmente en enormes automóviles, eran la mercancía manufacturada.

En el estado de ánimo de la señora Ambrose, la mercancía parecía mezquina comparada con la inmensidad de la fábrica. Viendo los hacinamientos de los vehículos públicos, la gran cantidad de seres que iban a pie y los infinitos camiones y carros que rodeaban, seguían y precedían a su vehículo, sentía la sensación de que Londres albergaba solamente miles, millones de seres pobres y desgraciados.

Abrumada por aquellas observaciones, recordaba por contraste su vida en los alrededores de Picadilly Circus. Fue un sedante que la pobreza de las casas que se alineaban en forma interminable, se viera rota por un edificio que el municipio destinaba a Escuela de clases nocturnas.

-¡Qué sobrio y triste es! -exclamó su marido-. ¡Pobres criaturas!

Aquel cuadro de miseria y la lluvia tenaz y monótona le trajeron a la memoria a sus hijos. Sintió la sensación de que una herida había expuesto su cerebro al contacto del aire frío.

El amplio espacio del Embankment se había ido achicando hasta convertirse en una calleja estrecha y mal empedrada, oliendo a carburantes quemados, embotellada y atascada de camiones y carros. El coche se detuvo.

El señor Ambrose leía en unos enormes cartelones los detalles de la salida de buques rumbo a Escocia. Ella intentó también informarse. Pero los trabajadores ocupados en sus tareas, sumergidos en una neblina fina y gris, no constituían una fuente de información muy digna de tenerse en cuenta. La presencia de un anciano que adivinó sus deseos y se ofreció a llevarles en su barquilla, resultó providencial.

Tras una ligera indecisión, se acomodaron en los asientos del bote, no tardando en ser mecidos por la corriente. Londres se adivinaba tras la línea de edificios de la ribera, que con la distancia adquirían proporciones de casas de muñecas. Los faroles se reflejaban en la móvil superficie del río, produciendo en su corriente la apariencia de una marcha superior a la real. Voluminosas barcas descendían o remontaban la corriente escoltadas por largas cuerdas de embarcaciones menores. Las lanchas de la policía pasaban con marcha endiablada y su estela imprimía un movimiento de vaivén a la barquilla.

El viejo, sintiéndose comunicativo, recordó sus años mozos, cuando en su bote transportaba delicadas jóvenes bajo los arbustos de la verde orilla de Kotherhithe. Entonces el trabajo era incesante, pero ahora...

Su mirada, preñada de tristezas, recorrió el río; cuna y bienestar de sus mayores, recuerdos de su existencia y amenaza de miseria para sus hijos. Los ojos se posaron en el perfil, monstruoso en la semioscuridad, del puente de la Torre de Londres. La mole de un buque, anclado en el centro de la corriente, parecía acercarse a ellos. Confusamente se leía un nombre sobre el casco: «Euphrosyne». Los mástiles, las chimeneas y la bandera desplegada al viento, más que verse se adivinaban.

Al sacar los remos del agua, el barquero explicó que todos los buques del mundo izaban la bandera el día de su partida. A los señores Ambrose un extraño presentimiento les hizo ver en aquello un signo de mal agüero, pero sobreponiéndose subieron a bordo.

En el salón del buque, propiedad de su padre, la señorita Rachel Vinrace, de veinticuatro años de edad, esperaba nerviosamente la llegada de sus tíos. Les recordaba vagamente, pero estaba dispuesta a hacerles la estancia lo más grata posible. Sentía un cierto malestar indefinible, deseaba que hubiera transcurrido el momento de darles la bienvenida y se entretenía corrigiendo la posición de los cubiertos sobre la mesa. Una voz de hombre se oyó sobre la cubierta:

-¡Con esta oscuridad se puede uno caer fácilmente de cabeza...

-...y matarse! -concluyó una voz de mujer.

Una figura femenina se recortó en el marco de la puerta. Era alta y se cubría la cabeza con un chal morado. La señora Ambrose era bella y distinguida. Lo único que impedía una franca y espontánea simpatía hacia ella eran sus ojos, que se posaban penetrantes y soberbios en cuanto había a su alrededor. Su rostro reflejaba más vida que las bellezas clásicas, pero su expresión era más dura que la de la mayoría de las mujeres inglesas bonitas.

-¡Oh, Rachel!, ¿cómo estás? -dijo, tendiéndole la mano.

-¡Hola, querida! -dijo el señor Ambrose, acercándose a besar a su sobrina.

Ésta se sintió atraída por el porte elegante, las facciones pronunciadas y los ojos expresivos de su tío.

-Avisa al señor Pepper -ordenó Rachel a uno de los marineros.

El matrimonio se sentó a la mesa frente a su sobrina. -Mi padre me indicó que no le esperásemos. Tiene mucho trabajo. ¿Conocen al señor Pepper?

Un señor pequeñito, doblado, que recordaba los árboles curvados por el viento, acababa de entrar silenciosamente. Saludó al señor Ambrose y a su esposa.

-¡Hay corriente de aire! -dijo, levantándose el cuello del abrigo.

-¿Se resiente todavía del reuma? -preguntó Helen Ambrose con voz suave y armoniosa, a pesar de que su pensamiento estaba bien distante de cuanto la rodeaba.

-¡Es cosa del clima! -se acongojó el señor Pepper.-Pero de eso no muere nadie -contestó Helen. -Por regla general, no -contestó el señor Pepper.

-¿Sopa, tío Ridley? -preguntó Rachel.

-Gracias, querida -dijo él, entregándole el plato, luego suspiró suavemente-. No te pareces a tu madre.

Helen hizo ruido con sus cubiertos, procurando evitar que se oyese el comentario. Al comprender la inutilidad de su esfuerzo, se sonrojó.

-¡Hay que ver lo mal que colocan las sirvientas las flores! -dijo Helen apresuradamente, colocando con más gracia un puñado de pequeños crisantemos enterrados en un búcaro.

Hubo un largo silencio.

-¿Conocías a Jenkinson de Peterhouse, Ambrose? -preguntó el señor Pepper desde el otro lado de la mesa.

-Sí, hace muchos años.

-Pues murió. ¿Recuerdas que fue el héroe de un suceso muy extraño..., de un accidente de pesca? Se casó con una joven propietaria de un estanco, marchándose a vivir a Feus; no volví a verle... Creo que bebía y acabó aficionándose a las drogas. Un caso perdido -acabó Pepper como conciso epitafio.

-Era un individuo muy hábil -dijo Ambrose, sacudiendo la cabeza.

-Sí, sustentaba muchas teorías extrañas.

-Creo que tenía una sobre los planetas...

-Sí, algo inverosímil -dijo Pepper, moviendo la cabeza.

La mesa tembló ligeramente, la lámpara se apagó y un timbre apagado repiqueteó sin interrupción.

-¡Zarpamos! -indicó el señor Pepper.

Un ligero balanceo movió la nave, haciéndose cada vez más perceptible. Las luces se sucedían a través de las cortinas de las ventanas.

-Ya marchamos -volvió a comunicar el señor Pepper al tiempo que el buque se estremecía y emitía un quejido melancólico. Se oía claramente el chasquido del agua contra el tajamar y la embarcación empezó a cabecear acusadamente, obligando al camarero a cuidar del equilibrio.

-Y Jenkinson de Cats -preguntó Ridley-, ¿le ves todavía?

-Una o dos veces al año. Hace poco que perdió a su esposa. Es doloroso.

-Mucho -comentó Ridley.

-Tiene una hija soltera que le cuida, pero a su edad no es lo mismo que si lo hiciera su esposa.

Ambos asintieron, procediendo a mondar las manzanas.

-Escribió un libro, ¿no? -preguntó Ridley.

-Sí, pero es como si no existiera -contestó Pepper tan vehemente que las dos señoras lo miraron extrañadas y sorprendidas.

La voz del señor Pepper era agria al añadir:

-Es muy cómodo eso de adornarse con plumas ajenas. El libro no lo escribió él.

-Estoy de acuerdo, pero es una debilidad de los que no saben abrirse camino por sus propios medios.

-Su vida fue completamente inútil. Otro caso semejante es el de nuestro amigo Miles -continuó Pepper con una sonrisa irónica-. He hecho un cálculo aproximado y sin contar el tiempo que estuvo en la cuna, ha escrito un promedio de dos volúmenes y medio anuales. No se puede negar que es una industria próspera. ¿Conoces la impresentable colección Bruce?

-¡Por supuesto! -contestó con énfasis el señor Ambrose-. Un poquito libre, ¿no?

-¿Conoces el «Fussip en Hedivilles Row»? -Precisamente me refería a él.

Las señoras, según es costumbre inveterada en su sexo, intervenían de vez en cuando en la conversación, pero sin poner una excesiva atención en ella. A Helen la inquietaba la actitud de Rachel, demasiado silenciosa y tranquila, impropia de su edad. Los caballeros acabaron por olvidarse de la presencia de las damas.

-¡Ah! ¡Cuántas cosas podrían contarse de aquellos tiempos! -oyeron decir a Ridley al acomodarse en un butacón.

A través de la puerta del fumador percibieron al señor Pepper derrumbado en otro butacón. Parecía haberse aflojado la ropa y semejaba un mono malicioso. Helen y Rachel cubrieron sus cabezas con sendos chales y subieron a pasear a cubierta. Seguían deslizándose mansamente río abajo, cruzándose con las moles ingentes y oscuras de otros buques anclados. Londres, anegado en un mar de luz amarillenta, semejaba la flor monstruosa de una mitológica planta. Las luces de los vestíbulos de los teatros, de las tiendas, a lo largo de las calles interminables, anuncios que dibujaban su estela de luz en el vacío.

Resultaba doloroso, para personas que se alejaban de allí a la ventura sobre el mar, que la ciudad siguiera brillando, siempre en el mismo sitio, como un faro inalcanzable, cuyo halo de luz amarillenta se elevaba hasta las nubes prolongado por la neblina.

Helen volvió el rostro hacia la muchacha que se apoyaba en la baranda, a su lado.

-¿Tienes frío, Rachel?

-No... -balbuceó ésta con voz queda, para añadir a continuación-. ¡Qué hermosura!

En realidad, no era gran cosa lo que la noche permitía ver. Una hilera de mástiles distanciados, una masa oscura en donde se adivinaba la ribera y sobre ella una serie de pequeños rectángulos luminosos. Eran las ventanas. Más allá, una masa de neblina luminosa emplazaba la ciudad.

La marcha era contra el viento y se veían precisadas a sujetarse las faldas y la cabellera. Al poco rato el viento se apaciguó algo, pero volvióse más frío.

Por las entornadas ventanas del fumador vieron a los caballeros apurando sendos cigarros puros. Repentinamente el señor Ambrose se echó hacia atrás violentamente, mientras que un esfuerzo contenido destacaba más las arrugas del rostro del señor Pepper, que parecían talladas con cincel. Una sonora carcajada vino a mezclarse con los crujidos que el viento arrancaba a la nave. Los dos hombres, ajenos a todo, se habían sumergido en sus recuerdos de Cambridge, allá por el 1875.

-¡Son viejos amigos! -observó Helen, sonriente-. ¿Dónde encontraremos nosotras un lugar para sentarnos?

Rachel abrió una puerta.

-Es más un corredor que una habitación -dijo, mostrando una original y exótica sala de estar.

Tenía en el centro una mesa empotrada en el suelo y a su alrededor amplios y cómodos divanes a lo largo de los tabiques.

El sol tropical había hecho palidecer la tapicería hasta un verde azulado. Un espejo, con marco de conchas, colgaba de la pared; era el trabajo de un enamorado del mar y daba un extraño aspecto al conjunto. Retorcidas conchas de rojos bordes, que recordaban cuernos de unicornio, adornaban la repisa de la chimenea. A cada lado de las puertas pendían unas cortinas de seda morada, con varios borlones. Por las dos ventanas, que daban a cubierta, el sol tropical había encontrado camino para decolorar los cuadros que pendían de la pared. Uno de los grabados representaba, casi indistinguiblemente, a la reina Alejandra jugando con sus perritos. Frente al hogar, dos mecedoras de mimbre se ofrecían acogedoras. Sobre la mesa pendía una gran lámpara, era el signo de civilización menos irreal de cuantos adornaban la habitación.

-Es raro que todos resulten ser viejos amigos del señor Pepper -comentó Rachel con cierto nerviosismo.

El silencio en que había vuelto a caer Helen la ponía en una situación violenta.

-¿Le haces mucho caso? -preguntó por fin su tía. -Es algo así como esto -dijo Rachel, manoseando un extraño pez disecado.

-Creo que le juzgas con excesiva severidad.

Rachel intentó justificar sus palabras, acudiendo para ello a los hechos, por parecerle más significativos. Así fue contando lo que sabía de William Pepper. Cuando estaban en su casa, siempre la visitaba los domingos. Era persona culta, dominaba las matemáticas, historia y griego, zoología, economía y las Sagas de Islandia. Había traducido al inglés y en prosa poesías persas, y prosa inglesa en versos griegos. Era una notabilidad en numismática y un experto en cuestiones de tráfico. Estaba allí para documentarse y escribir sobre el mar, probablemente un estudio sobre el viaje de Ulises, pues el griego era su mayor pasión. Había regalado a Rachel ejemplares de todos sus trabajos, la mayor parte obras pequeñas, y Helen pensó que probablemente Rachel no - las había leído.

-¿Sabes si ha estado enamorado alguna vez? -preguntó a la muchacha.

-No lo creo, su corazón es un trozo de cuero viejo y reseco; pero, francamente, es una cosa que no he averiguado.

-Será cuestión de preguntárselo. ¿Recuerdas la última vez que te vi? Estabas comprando un piano.

-Sí, lo pusimos en la habitación del ático, que estaba ocupada por grandes plantas exóticas. Mis tías decían que un día piano, plantas y yo pasaríamos al piso bajo a través del techo. A su edad no tenía que haberles asustado tanto la muerte.

-Hace poco tuve noticias de tía Bessie -replicó Helen-. Teme que se te estropeen las manos si estudias tanto.

-¿O acaso que me ponga musculosa y eso me impida casarme?

-No es eso precisamente -corrigió Helen.

-Claro, ella no lo diría así, pero es lo que piensa -dijo Rachel, soltando un suspiro.

Helen clavó sus ojos en el rostro de la muchacha: reflejaba más debilidad que decisión y sólo sus ojos, grandes e interesantes, la salvaban de la insipidez. El óvalo de su cara era indefinido y faltaba color a su cutis. Su indecisión al hablar y el tartamudeo para hallar las palabras adecuadas, ponían de relieve su insignificancia. Helen se dijo que no la atraía la intimidad en que se verían forzadas a vivir las tres o cuatro semanas que duraría el viaje. Las mujeres de su misma edad la aburrían y suponía que con una jovencita sería peor aún. Volvió a mirar a su sobrina. Hablar con ella de cosas profundas sería como escribirlas sobre la superficie del río. En la mayoría de las muchachas no había nada estable, ni vicios ni virtudes.

En aquel momento se abrió la puerta bruscamente y entró un hombre alto y fornido. Se acercó a Helen y le cogió las manos emocionado. Era Willoughby, el padre de Rachel y hermano del señor Ridley Ambrose.

Era corpulento sin llegar a grueso, de cara ancha pero con facciones algo pequeñas y un hoyuelo en cada carrillo. Se le comprendía más apto para capear temporales que para disimular sus emociones.

-¡Es un placer que hayáis venido! ¿Verdad, hija? -dijo, mirando a la muchacha.

Rachel asintió a la mirada de su padre.

-Haremos cuanto esté a nuestro alcance para que os encontréis bien aquí. ¿Y Ridley? Bueno, Pepper ya se encargará de llevarle la contra, cosa a la que yo no me atrevería. ¿Qué te parece Rachel? Está hecha una mujer, ¿verdad?

Sin soltar la mano de Helen, pasó un brazo por los hombros de Rachel.

-¿Crees tú que Rachel hace honor a sus padres?

-¡Oh, sí! -contestó Helen violenta y sin mirarlos.

-Espero grandes cosas de ella -continuó él, oprimiendo fuerte a la muchacha-. ¡Bien! -saltó de pronto-, ahora hablemos de ti. -Se sentaron los tres en el sofá y prosiguió:- ¿Y los chicos? ¿Dispuestos ya para ir al colegio? Me figuro que sí... ¿Se parecen a ti o a Ambrose?

De lo que estoy seguro es que ninguno de los dos es tonto.

Al oír esto, Helen fue animándose gradualmente y empezó a explicar que su hijo, de seis años, era su vivo retrato, según la opinión general. En cuanto a la chica, que tenía ya diez años de edad, era muy parecida a su padre. Con toda sencillez contó que su pequeño había metido los deditos en la mantequilla, arrojando una buena porción de ella al fuego de la chimenea y contemplando satisfecho las llamaradas que levantó su hazaña y de la vista de las cuales, gozaron tanto el hijo como la madre, lo cual probaba una afinidad de gustos.

-Es un pícaro, pero tendrás que corregirle para que no juegue con fuego, puede traer -malas consecuencias -advirtió Willoughby.

-Pero si no tiene importancia... ¡es tan chico! -disculpó la madre, como si fuese ella la autora de la fechoría.

-¡Por lo visto soy un padre chapado a la antigua! -suspiró Willoughby.

-¡No digas eso! Apuesto a que Rachel no opina así.

Claramente se reflejaba en el rostro del padre la ilusión que le hubiese producido el que Rachel le abrazase y mimase, negando su afirmación. Pero ésta continuaba abstraída, mirando ante sí y con la más absoluta indiferencia hacia lo que su padre decía. Su imaginación estaba muy lejos de allí.

Cambiaron impresiones sobre la forma más conveniente y disimulada de lograr que Ridley gozase durante todo el viaje de unas completas vacaciones. Si no lo lograban ahora que sus baúles repletos de libros descansaban en la sentina del buque, Helen sabía que ya no lo conseguirían, pues en Santa Marina pasaría el día trabajando.

-¡No te preocupes y déjalo por mi cuenta! -dijo Willoughby con su mejor voluntad.

Se oyeron unos pasos. Se abrió la puerta y entraron Ridley y Pepper.

-¡Hola, Vinrace! ¿Cómo estás? -dijo Ridley extendiendo la mano con algo de embarazo. Willoughby respondió efusivamente, pero con un cierto respeto.

-Os hemos oído reír bastante -dijo Helen-. Sin duda os habréis contado cosas muy graciosas.

-No creas, nada que valiera la pena.

-¿Sigues siendo todavía tan exigente en tus juicios? -preguntó su hermano.

-Por lo visto os aburrís mucho en nuestra compañía, a juzgar por lo pronto que nos dejasteis -dijo Ridley a su esposa.

-¿Pero no lo pasasteis mejor después de salir nosotras?

Ridley se encogió de hombros, la situación era algo violenta, aunque todos intentaban demostrar jovialidad. Fue el señor Pepper quien rompió el silencio y desvió la atención. Súbitamente dio un salto sobre su asiento, elevó las piernas y se sentó en cuclillas, como si huyera de una corriente de aire en los tobillos. Con los brazos cruzados en torno a las rodillas y chupando su puro con fruición, ofrecía un aspecto estrambótico, como un pequeño dios oriental. Sin enmendar su extraña postura, les endilgó un discurso sobre los monstruos de las profundidades marítimas. Se mostró muy sorprendido de que ninguno de los diez barcos que poseía Vinrace y que efectuaban la travesía entre Londres y Buenos Aires, hubiese visto nunca tales monstruos y de que tampoco hubiesen -intentado nunca llevar a cabo ninguna investigación.

-No, Pepper, no -rió Vinrace-; tengo de sobra con los monstruos de la tierra.

Rachel susurró con un suspiro:

-¡Pobres animales!

-Si no fuera por ellos, no habría música, querida -dijo su padre algo bruscamente.

Entretanto proseguía la perorata de Pepper, explicando los blancos, pelados y ciegos monstruos que habitaban las profundidades abismales del Océano, contando que al sacar estos animales a la superficie y librarlos de la enorme presión de las aguas, explotaban esparciendo sus entrañas a todos los vientos. Era tan prolija y descarnada su explicación, que producía náuseas, y Ridley hubo de rogarle que se callase.

Helen iba observándolo todo y formando su composición de lugar. No, decididamente no se sentía muy optimista: Pepper resultaba un pesado; Rachel una niña mimada y poco dada a las confidencias, estaba segura que sus primeras palabras serían: «Yo no me avengo con mi padre, no me comprende»; Willoughby, por su parte, y pese a su buena voluntad, vivía en un mundo aparte, un mundo que él se había forjado. Entre todos ellos, Helen se encontraba descentrada y no se las prometía muy felices, pero como era una mujer de acción y decisiones rápidas, se alzó y dijo que quería ir a descansar. Al llegar a la puerta se detuvo volviendo la cabeza; supuso que habiendo a bordo sólo dos mujeres, Rachel la acompañaría. La muchacha se levantó, y con un ligero tartamudeo, dijo:

-Me voy afuera... a... luchar con el viento.

La peor suposición de Helen se confirmaba. Se deslizó por el pasillo dando tumbos con el vaivén y agarrándose con ambas manos. A cada bandazo exclamaba:

-¡Caramba! ¡Bien empezamos!

II

La noche fue poco confortable, movimientos incesantes del buque, olor salobre, escasez de ropa en las camas. El señor Pepper pasó verdadero frío. El amanecer trajo un cambio en la situación. El cielo radiante y el mar tranquilo como pocas veces. El desayuno transcurrió en un ambiente más cordial. El viaje había comenzado bajo los mejores auspicios, con un cielo azul y un mar en calma. Todo era prometedor, pudiera o no expresarse, y esto sería lo que, cuando pasasen los años, conferiría un sentido especial a este momento, como el griterío de las sirenas durante la noche anterior aparecería representado por un gran aturdimiento.

La mesa estaba servida con atractivo. La fruta colocada con buen gusto y los huevos y la mantequilla despertaban el apetito al más desganado. Helen atendía a Willoughby, observándole disimuladamente. Recordaba múltiples incidentes familiares y como siempre, terminaba por hacerse la misma pregunta: «¿Por qué se casaría Teresa con Willoughby? Claro que de aspecto no está mal -seguía pensando-, fuerte, grandón, voz recia, puños potentes y voluntad firme»... Pero para Helen el carácter de Willoughby se escondía tras una sola palabra: «Sentimental». Y ella entendía que una persona sentimental no era nunca franca, espontánea, ni sencilla en la expresión de sus pensamientos, emociones o sentimientos. Por ejemplo, raras veces hablaba Willoughby de los muertos, exceptuando los aniversarios de mayor solemnidad. Helen sospechaba incontables atrocidades en la educación de Rachel y estaba segura de que la pobre Teresa no había sido muy feliz.

Inconscientemente pasó a comparar su vida con la de su cuñada, a quien quiso sinceramente y que fue la única mujer a quien llamó amiga. Estas comparaciones habían sido muchas veces el tema de sus conversaciones. Ridley era literato; Willoughby hombre de negocios. Terminaba Ridley su tercer volumen sobre Píndaro cuando Willoughby fletaba su primer buque. Y el mismo año que el comentario sobre Aristóteles fue leído en la Universidad, su cuñado montaba una nueva fábrica. ¿Y Rachel? No, decididamente no resistía una comparación con sus dos hijos, Rachel parecía tener sólo seis años, derramaba la leche en la taza poniendo todo su cuidado en observar las gotas que salían desparramadas. Si en lugar de aquellas tonterías de niña boba, riera y se expresara con espontaneidad, resultaría una muchacha francamente bonita y agradable. Se parecía a su madre, o mejor dicho, era como la imagen que se reflejaba en un lago en calma, de un rostro arrebolado y lleno de vida que se inclina sobre su tranquila superficie. Helen, absorta en sus pensamientos, no caía en la cuenta de que ella era también observada, aunque no por los que tan crudamente juzgaba.

El señor Pepper, mientras llenaba concienzudamente de mantequilla sus rebanadas de pan, iba realizando el retrato de Helen. Empezó reafirmando en su primitiva afirmación: Helen era verdaderamente hermosa. Con naturalidad le acercó la mermelada para que se sirviese. No cesaba de decir sandeces, aunque no mayores ni menores que las que se dicen

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

